



VOL: AÑO 4, NUMERO 9

FECHA: ENERO-ABRIL 1989

TEMA: DESDE LA HISTORIA: Estudios sobre clases y movimientos sociales en México

TITULO: **“Una crítica a la historiografía tradicional del movimiento obrero en México: Mitos y realidades de la insurgencia sindical”.**

AUTOR: *José Othón Quiroz Trejo*

SECCION: Artículos.

Dos son los objetivos centrales de este trabajo: a) mostrar que la tendencia democrática no fue un sector hegemónico, ni la vanguardia de la insurgencia sindical de la década de los setentas, sino una de sus vertientes y, quizá, una de las menos avanzadas, aunque no por ello menos importante y, que, b) al calor de las luchas y búsquedas de este sector del trabajo asalariado, surgió una historiografía obrera que incorporó las propuestas y mitos de ese movimiento, magnificándolas e intentando observar el resto del sindicalismo independiente a la luz del discurso y las prácticas políticas de la propia tendencia democrática (TD).

Cerrando un ciclo de importantes luchas obreras; ante la reestructuración capitalista que, estratégicamente, ha conseguido desarticular la base técnica, social y cultural de aquella composición de clase que sustentó a la insurgencia sindical, es importante reconstruir su pasado inmediato. La posibilidad de una futura rearticulación obrera precisa de una memoria histórica donde aparezca el más amplio espectro de sus experiencias, elaborada con una óptica democrática abierta, exenta de los vanguardismos y de las visiones homogeneizadoras que produjeron una historia sectaria que omitió importantes experiencias de clase.

El ensayo está integrado por tres apartados, el primero es una breve introducción al contexto histórico que antecedió el periodo de la insurgencia sindical; el segundo es un recorrido entorno a las vertientes más importantes de la misma, donde se demuestra que la lucha por la independencia y la democracia sindical va más allá de la TD y una última parte, que consta de dos apartados, donde se desarrolla una crítica a esa historiografía que se torna rápidamente institucional, sugiriendo la aparición de nuevas propuestas historiográficas que caminan paralelamente a la vertiente tradicional y que representan *una otra* forma de hacer historia para *otro* movimiento obrero, que puede ser el mismo recogido por la historiografía tradicional pero desde otra óptica.

El carácter polémico en el cuerpo del estudio y la intención de mantener la agilidad en el cuerpo del trabajo, me llevaron a utilizar a fondo el recurso de las notas de pie de página, como espacio para aclaraciones pertinentes y lugar donde le imprimo mayor profundidad a mis propuestas.

El nacimiento de un nuevo movimiento obrero.

La década de los setenta fue un período pletórico de confrontaciones entre los trabajadores, [1] por un lado, y las empresas, las direcciones "charras" y el Estado, [2] por el otro. Las repercusiones del agotamiento del patrón de acumulación, denominado desarrollo estabilizador, y el propio surgimiento de una clase obrera joven produjeron un ciclo de luchas, hasta ese momento, inédito en el país. El desarrollo estabilizador se construía sobre una rama industrial que se había convertido en el nudo estratégico de dicho "modelo de crecimiento", la industria metalmecánica-productora de autos, aparatos electrodomésticos y, en pequeña escala, de bienes de capital. Toda la minería, la

siderurgia y parte de la industria química giraban en torno de esta rama, la proveían de insumos. La industria petrolera y petroquímica le aportaban combustibles y materias primas. Surgían cientos de pequeñas y mediana industrias proveedoras de piezas para los productos destinados a un mercado interno localizado y consolidado, aunque terriblemente restringido. La joven y creciente industria trajo consigo grandes fábricas y grandes concentraciones industriales, que conjuntaban un número considerable de trabajadores dentro de un sólo local, de ahí surgirían los contingentes que, de 1969 a la fecha, pusieron en jaque el "pacto social" entre patrones, sindicatos "charrificados" y Estado, de ahí nació un nuevo movimiento obrero.

Dentro del movimiento general de los trabajadores asalariados del país en los setentas, que algunos denominan insurgencia sindical, y cuyas principales demandas eran la independencia y la democracia sindicales, [3] destacan los trabajadores industriales y dentro de este conjunto los obreros metalúrgicos como un sector de alta combatividad. Importancia estratégica, fuerza numérica y una subjetividad más avanzada que las vetustas relaciones obrero-patronales vigentes, fueron factores que se amalgamaron y sustentaron esa insubordinación proletaria que le dio continuidad a la reciente insubordinación estudiantil y civil de 1968 y a la lejana insubordinación obrera de finales de los cincuentas.

Las luchas en la Chrysler de México en Toluca; en la Volkswagen de México en Puebla; en IACSA y en Nissan Mexicana de Cuernavaca; en DINA, SIDENA y Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril de Ciudad Sahagún; en CINSA-CIFUNSA de Saltillo; de TREMEC en Querétaro; en SPICER, TRAILMOBILE, ACERMEX, Mexicana de Envases, ACROS, MASA, Olivetti Mexicana, etc., etc., son evidencias históricas del papel que jugaron los metalúrgicos en las luchas de los trabajadores mexicanos en aras de un sindicalismo independiente y autónomo en relación al Estado, a los partidos y al capital. En esas escaramuzas sobresalieron los obreros automotrices, en cuya rama el número de afiliados a sindicatos independientes llegó a representar un total de 46.1% de la totalidad de sus obreros. [4] Fundidores, soldadores, montadores, pintores, torneros, electricistas, etc., etc., se batieron en confrontaciones para renovar sus direcciones sindicales e independizarlas de las centrales oficialistas. Los *delegados departamentales* se incorporaban a la organización sindical, para darle a ésta un carácter más representativo y democrático. Aparecían demandas que aglutinaban la reivindicación económica con la política. En un país donde la tradición de huelga se había vuelto casi inexistente, se utilizó la llamada *huelga salvaje* por encima de las direcciones sindicales burocratizadas, de los aferrados patrones y del Estado cómplice del capital. Nuevas demandas, nuevas formas de organización y nuevas formas de lucha se experimentaban detrás de las cadenas de montaje, modernas trincheras en el campo de batalla de *la fábrica*. Ahí, en el proceso productivo, lejos del mundanal silencio, en el corazón de la producción, estaban aconteciendo nuevas cosas, apareciendo nuevos signos que comprobaban la emergencia de un nuevo movimiento obrero.

Esta ola de respuestas obreras no representa un fenómeno aislado, corresponde a un ciclo mundial de luchas ante el agotamiento del crecimiento de la postguerra y sus efectos recesivos sobre los trabajadores. Las revueltas obreras de Francia, Italia y España, en Europa central, tienen sus equivalentes en nuestro continente y agitan la realidad de la Córdoba Argentina que vivió su otoño caliente en 1969. En círculos concéntricos el movimiento llega a México durante los primeros años de la década de los setentas. Culmina en el Brasil de finales de la misma década y principios de los ochenta, donde el proletariado (como en la España autoritaria y tecnocrático-militar) contribuyó desde la fábrica y en la sociedad a la democratización de ese país y a la salida de los militares del gobierno [5].

En México apenas se comienza a valorizar y a comprender la envergadura de ese nuevo movimiento obrero. Sin embargo, por su conformación heterogénea y por sus límites aún no establecidos -si es que realmente los tuvo- se le pierde, se le confunde, se le mezcla, se le *opaca* con fenómenos exageradamente exaltados y publicitados como el movimiento de los electricistas de la Tendencia Democrática, [6] que en realidad representó la renovación de contingentes del viejo movimiento sindical de los cincuentas. La experiencia proletaria más importante de los últimos años, expresión del surgimiento de una clase obrera moderna, arrojada por la gran industria y la consolidación de la etapa de la subsunción real en el país, esto es, el capitalismo propiamente dicho, carece de interpretaciones adecuadas. Nuevas tácticas y estrategias, y viejas interpretaciones; nuevos sujetos y viejos análisis; lecturas anticuadas ante realidades novedosas que exigen creación, no repetición. Rescate mecánico de obsoletos discursos de la segunda y tercera internacionales o caracterizaciones agotadas del discurso de la Revolución Mexicana [7]. El nuevo proletariado -que se fermentó en los sesentas y que afloró en los setentas- merece análisis a su medida, y no raídos trajes que buscan ver en la clase obrera al disciplinado colaborador -nacionalista, revolucionario-, del Estado y del capital.

Antecedentes y características.

Parto de la base que la historia del movimiento obrero en México es un proceso cíclico donde la lucha obrera por romper su subordinación al Estado es una constante. [8] Los trabajadores mexicanos buscan afanosamente recuperar sus organizaciones para dar mejores batallas contra el capital y el Estado en el devenir del proceso de acumulación capitalista del país. Al incremento de las luchas de los trabajadores y al agotamiento de un patrón de acumulación, le siguen la represión de los sectores más combativos de la clase obrera y la reactivación de nuevos pactos entre el Estado, el capital, las centrales burocráticas y los sectores disidentes más combativos, una vez reestructurados. [9]

El antecedente más inmediato de la insurgencia obrera de los setentas lo encontramos en las movilizaciones proletarias de finales de los cincuentas. En un momento crítico del patrón de acumulación de la postguerra, los trabajadores de sindicatos nacionales de industria productora de bienes intermedios o servicios -donde el Estado es el propietario o concesionario- constituyeron la figura protagonista de aquellas batallas. Electricistas, petroleros, mineros, telefonistas, telegrafistas, profesores de primaria, ferrocarrileros, etc., etc., se enfrentaron al Estado por demandas económicas y políticas cuyo objetivo central era la recuperación de sus organizaciones sindicales de manos de los charros. Con la represión y la derrota de los ferrocarrileros (1959) -el sector más radical de estas movilizaciones- se cierra ese período y se cancelan momentáneamente los intentos por recuperar el control de sus organizaciones políticas por parte de esta figura proletaria, *los trabajadores de los grandes, sindicatos nacionales de industria y de servicios*.

Hay que aclarar que en la represión lo más evidente fue el encarcelamiento de los líderes ferrocarrileros y el despido de muchos de sus simpatizantes. Sin embargo, a este tipo de acciones les siguen: la cooptación por parte del Estado de algunos líderes, la represión sorda y silenciosa del resto, a partir del proceso de trabajo y del control que sobre el proceso de acumulación mantienen el Estado y el capital. Debilitada la disidencia obrera, el Estado implementó la realización de un nuevo pacto entre el ala pacífica y colaboracionista de los trabajadores y el capital nacional y multinacional. Fue así como, entre las cenizas de la resistencia proletaria, se abrió paso un nuevo patrón de acumulación entre 1962 y 1972, el llamado desarrollo estabilizador equivalente mexicano de los "milagros económicos" aparecidos en la época.

Entre 1959 y 1962 la reestructuración capitalista se va consolidando cumpliendo con su objetivo central, desarticular las bases objetivas y subjetivas, dentro y fuera del proceso de trabajo, de la oposición obrera. A la represión clásica y visible de la disidencia proletaria le siguen procesos silenciosos pero igualmente efectivos tendientes a desactivar sus organizaciones, subdividir sus trabajadores, separarlos de sus centros de trabajo originales, someterlos a la forzosa emigración en busca de empleo, cambiarlos de sector de la producción. Procesos que buscan restarles fuerza político-estratégica en la producción y en la reproducción del nuevo patrón de acumulación. Paulatina o violentamente las formas de extracción de materias primas, las fuentes de energía, las industrias de transformación y los medios de transporte son substituidos y/o reestructurados internamente a través de la presencia del Estado en el control del proceso de acumulación capitalista. [10]

Con el nuevo patrón de acumulación los viejos oficios de los talleres y el saber-hacer del obrero de las pequeñas, medianas y grandes fábricas de la época se hacen obsoletos. Algunos se mantienen y logran sobrevivir ante los embates de la modernización pero ya sin posibilidades de recuperar su antigua fuerza, su calificación, su valorización y su organización. El agotamiento del ciclo económico coincide con el agotamiento del ciclo generacional de la fuerza de trabajo y el Estado y el capital "interrumpen" momentáneamente la formación histórica de la clase obrera. La vieja composición de clase es liquidada y da paso a una industria, moderna para su época, que llega vía inversiones de las empresas multinacionales. De esa realidad surgirá una nueva figura obrera. [11]

El desarrollo estabilizador es producto de un pacto entre charros, empresarios y Estado que garantiza una clase obrera tranquila, que durante una década parecería que casi se olvida de realizar huelgas, de pedir aumentos salariales, menores jornadas de trabajo o democratización de las relaciones capital-trabajo en los centros laborales. Un campo igualmente pacificado, previo acuerdo con líderes corruptos, garantiza alimentos baratos para la ciudad y la fuerza de trabajo industrial. Los trabajadores tardarían en recuperarse, en recomponerse y reconocer la nueva organización de la producción. El nuevo patrón de acumulación y las nuevas industrias exigían sangre joven, con poca o nula experiencia de trabajo industrial y de organización política, para incorporarla a una nueva organización del trabajo. Eso implicaba nuevas máquinas, asalarización creciente, nuevas jerarquías, nuevas formas de control y de relación entre patrones y trabajadores, a las cuales el nuevo proletariado tendría que confrontarse, en la medida que su recomposición avanzara y que su conocimiento del proceso de trabajo creciera. El trabajador tenía que reponerse de la reestructuración sufrida a partir del proceso de trabajo y del proceso de acumulación, que una vez más habían roto la continuidad de sus luchas y borrado partes de su memoria histórica autónoma, anticapitalista y antiestatal.

En una década los trabajadores se recompusieron. Junto a los viejos sectores tradicionales (ferrocarrileros, mineros, telefonistas, maestros, electricistas, etc., etc.) aparecieron las nuevas generaciones de trabajadores metalúrgicos de la industria metalmecánica; los modernos trabajadores de la construcción, como la Liga de soldadores; los trabajadores de nuevos medios de comunicación, como los controladores de vuelos y los trabajadores de las líneas aéreas; los jóvenes contingentes de servidores públicos, etc., etc., que en conjunto se recuperaron de la reestructuración y pusieron al día su saber-hacer y su conocimiento de la nueva realidad del proceso laboral y de acumulación que experimentaban. Las grandes concentraciones de trabajadores en un sólo local (paradójicamente para el capital) también permitieron altos niveles de socialización del conocimiento y de reconstrucción de las "tradiciones" de lucha de los trabajadores. La memoria, la unidad y el conocimiento del proceso de trabajo se

reconstruyó y la historia se volvió a soldar. Se reinició la confrontación y la lucha de la disidencia trabajadora recuperó su continuidad.

Después del movimiento estudiantil y popular de 1968, que marcó el inicio de la crisis del desarrollo estabilizador, [12] comenzaron las luchas por la independencia y la democracia sindicales. La organización sindical dominada por el colaboracionismo charro resultaba un lastre para la nueva composición de clase surgida en la década del llamado milagro mexicano y, en algunos casos, para las mismas relaciones industriales de las modernas fábricas. Tomas de instalaciones-sedes de sindicatos en manos de charros (ferrocarrileros); democratización a través de la creación de fuertes corrientes democratizadoras dentro de los grandes sindicatos nacionales de industria y de servicios (electricistas) o golpes sorpresivos con la huelga o el paro como forma de lucha, para la destitución de los líderes burocratizados y eternizados en el poder (telefonistas), marcaron la pauta de la recomposición de los trabajadores ligados directa o indirectamente al Estado. Nuevos sectores de trabajadores de reciente constitución o incorporación al trabajo asalariado nacional, surgían con la consigna de crear sindicatos independientes, unos con éxito (trabajadores universitarios y trabajadores nucleares), otros sin él (trabajadores bancarios). Entre el proletariado industrial, la huelga volvió a ser utilizada como arma para obtener, tanto las reivindicaciones económicas, como la demanda política de la democracia sindical. En pocos años, los trabajadores industriales se habían situado a la ofensiva y respondían con la huelga a las largas jornadas de trabajo y al incremento en la intensidad del ritmo en las industrias -taylorizadas y fordizadas-, surgidas durante el desarrollo estabilizador.

Entre 1969 y 1974 el sindicalismo independiente consolidó grandes espacios dentro del asalariado nacional, tropezando con algunas derrotas. Entre los ferrocarrileros resurgió el Movimiento sindical revolucionario (MSR). Entre los electricistas la Tendencia Democrática (TD). Entre los universitarios se consolidó el sindicalismo independiente. Entre los miembros del Sindicato Nacional de Trabajadores Minero Metalúrgicos de la República Mexicana surgieron importantes secciones independientes de la dirección nacional en manos de los charros. En la industria automotriz el sindicalismo independiente llegó a tener en sus filas 24.900 trabajadores en 1980, de los 42.337 obreros de las plantas ensambladoras. [13]

El momento culminante del movimiento fue la celebración del 1° de mayo de 1974 en Cuernavaca, Mor., donde los sindicatos independientes se adueñaron del desfile desplazando a los contingentes de sindicatos charros y, con clara mayoría, le dieron al aniversario de la muerte de los mártires de Chicago la combatividad de una verdadera fiesta proletaria.

Durante estos años, en la industria resurgieron las formas de lucha y organización propias de una clase obrera combativa. Aparecieron nuevas formas organizativas y de acción, cuyo origen estaba en el conocimiento del proceso de trabajo de la industria moderna. Se detectaron los puntos estratégicos y las debilidades del flujo productivo, se procesaron respuestas proletarias radicales nuevas o renovadas, anónimas, sorpresivas y efectivas. Ausentismo, frenos a la producción, paros departamentales, tortuguismo, tomas de fábricas, huelgas salvajes, huelgas en cadena, plantones, etc., etc., fueron algunas de las formas de lucha de este movimiento. Comités de huelga, comisiones de delegados departamentales, comités de fábrica, coordinadoras de huelgas por zonas, coaliciones obrero-campesino-populares, etc., etc., fueron sus principales formas de organización. En lo referente a las formas de lucha entre algunas de sus características definitorias están: el carácter *colectivo*, *espontáneo* y *sorpresivo* de sus acciones, que tuvieron su producto más acabado en la llamada "huelga loca", "salvaje" o "de hecho" -con o sin toma de las instalaciones- [14] cuya rapidez y efectividad garantizaría el triunfo de varias batallas

obreras contra el capital y los dirigentes charros. La recuperación de la huelga como arma de lucha, con la radicalidad de la *huelga salvaje*, no era un problema de principios sino de oportunidad y efectividad. Era devolverle a la huelga su carácter de arma de los trabajadores y no de simple derecho-formal vaciado de toda su fuerza por la legislación burguesa.

En términos de formas de organización, la novedad de la insurgencia sindical fue la recuperación, por parte de los trabajadores, de sus organizaciones informales dentro de la producción, como los *delegados de fábricas o delegados departamentales* que le dieron mayor profundidad y democracia a la forma sindicato y de donde partirían las iniciativas de la base trabajadora para ser discutidas en las asambleas generales.

Las *bases* se tornaron sujeto al lado de sus direcciones, en síntesis siempre contradictoria, en ocasiones rebasando en masa a la dirección, en otras tomando la iniciativa política a través de los delegados departamentales. De las líneas de producción y de las organizaciones informales dentro del proceso laboral surgía la figura de *obrero masificado del desarrollo estabilizador*. La insurgencia apareció en todos los sectores del trabajo asalariado a lo largo y a lo ancho del territorio nacional. Con el tiempo, la multiplicidad se fue diferenciando, la insurgencia sindical se fue delimitando a partir de la propia heterogeneidad de su composición, formando cuatro grandes polos:

1) *La insurgencia sindical en los grandes sindicatos nacionales de industria o servicios ligados al Estado*. Este sector aglutinó a las organizaciones que luchaban por rescatar sus sindicatos del aparato sindical controlado por la burocracia charra. La situación de ligazón -directa o indirecta- con el Estado -como patrón o garante de un servicio- limitó mucho las actividades de estos sectores, amenazados constantemente con la toma de sus centros de trabajo por parte del ejército para evitar la huelga, prohibida en "nombre de los intereses de la nación" dentro de empresas paraestatales industriales y de servicios públicos. Esta absurda legislación laboral legitimó varias acciones estatales represivas, situación que influyó en los resultados de algunas batallas de la insurgencia sindical. Pasada la época de la sorpresa de las primeras escaramuzas, ante las cuales el Estado no estaba preparado, el movimiento comenzó a ser reprimido y perdió radicalidad en sus acciones y en su discurso político. La búsqueda de una versión alternativa al nacionalismo, utilizado por el Estado para legitimar sus acciones represivas, quedó sepultado con las nuevas derrotas de los ferrocarrileros democráticos y más tarde de los electricistas democráticos de la TD, el sector más representativo de este polo de la insurgencia sindical.

2).- *El sindicalismo universitario*. Nació poco después de 1968, con una composición hegemonizada por el antiguo estudiante incorporado al trabajo asalariado como trabajador administrativo o académico. El sindicalismo universitario absorbió, en cierta medida, parte del discurso político del movimiento estudiantil de 1968 y le dio continuidad [15]. Una fracción del sindicalismo universitario, la de la UNAM, confluyó junto con la TD en el FNAP (Frente Nacional de Acción Proletaria) en los momentos en que la TD buscaba convertirse en la vanguardia de la insurgencia sindical.

A principios de los ochentas, el sindicalismo universitario a nivel nacional y su sector hegemónico, el STUNAM (Sindicato de Trabajadores de la UNAM), a nivel regional, perdió la organización y la fuerza construidas en una década, debido al impacto de una legislación laboral que separó las cuestiones académicas de las sindicales y que prohibió la creación del Sindicato Nacional de Trabajadores Universitarios.

En los sindicatos universitarios la composición político-partidaria pasa por el amplio espectro de organizaciones que la izquierda constituyó en los últimos años, y por

algunas corrientes desconfiadas de las organizaciones partidarias de la izquierda tradicional.

3).- *Los sindicatos de pequeñas y medianas industrias de las zonas industriales del Valle de México.* La creación de polos de concentración industrial en la periferia del Valle de México, también produjo respuestas concentradas de sus trabajadores, como las coordinadoras de huelgas por zonas, que agrupaban obreros de reciente incorporación a la industria y a la vida urbana. Empleados en industrias donde la fuerza de trabajo es explotada por el pequeño y mediano capitalista nacional, las formas de dominación se concentran en el paternalismo de un gerente que es a la vez dueño de la empresa, estos trabajadores explotan en los setentas con una fuerza y una solidaridad inusitadas. El contacto directo con el capital, personificado en el Gerente paternal, en los momentos de confrontación, provoca un violento choque entre sujetos vivos. La dominación a través de modernas formas de control de la fuerza de trabajo, como la Administración Científica y el dominio ejercido a partir de las máquinas, aún no se consolida en estas fábricas. La huelga salvaje y las huelgas en cadena, con sus respectivas coordinadoras zonales, son las formas de lucha de esta versión moderna de la acción directa.

También las insalubres y pésimas condiciones de trabajo influyeron en la generación de la violencia en el sector. El enfrentamiento cuerpo a cuerpo con el capital, los charros y las fuerzas represivas dentro de la fábrica y en el propio barrio proletario, le dieron un sello particular a estas luchas. En este sector tuvo gran peso la actividad del Frente Auténtico del Trabajo (FAT). De orígenes demócrata-cristianos, hoy obrerista y marxista-heterodoxa, esta organización ha sido el mejor interlocutor político de movimientos con esta composición de clase. De las fábricas de baja composición orgánica de capital, donde el trabajo vivo mantiene el proceso de valorización, salieron la mayoría de los contingentes de este sector de la insurgencia sindical.

4).- *El nuevo proletario de la gran industria y los nuevos servicios.* El crecimiento industrial de los sesentas creó nuevas categorías de trabajadores industriales y de servicios. Esta ola de industrialización abarcó las empresas multinacionales y las nacionales de capital privado y estatal. Uno de los sectores más impulsados fue el de la siderurgia y la industria metalmeccánica. Junto con la producción se modificaron los sectores de la circulación, la distribución y los propios patrones de consumo. Aparecieron nuevos servicios. Se impulsaron nuevos medios de transporte. Crecieron las instituciones de crédito. Los grandes supermercados fueron desplazando otras formas de comerciar, etc., etc. Consecuentemente, surgieron nuevas categorías de trabajadores.

Para la insurgencia sindical los elementos más combativos de ese nuevo conjunto de trabajadores fueron los mineros-metalúrgicos, algunos trabajadores de la gran construcción, los trabajadores del transporte aéreo y los controladores de vuelos. Destacándose, por sus acciones y su capacidad real y potencial de convertirse en polo de atracción del proletariado nacional, los obreros metalúrgicos.

Estos nuevos sectores del trabajo asalariado se distinguieron por su combate férreo al capital, a los charros y al Estado desde la trinchera de sus centros de trabajo. La huelga y otro tipo de acciones para interrumpir la producción o frenar la circulación fueron las principales armas de este sector, formas de lucha que le servían para negociar directamente con los patrones, evitando a toda costa la intermediación del Estado.

Un subproducto de su confrontación diaria con el capital, en todas sus expresiones, fue su carácter crítico ante el llamado nacionalismo revolucionario. Estos trabajadores tuvieron la posibilidad de conocer al Estado como patrón dentro de las empresas estatales; de constatar dentro de la empresa multinacional, que el nacionalismo

estatal sólo era un discurso para dominar, ya que el propio Estado apoyaba al patrón extranjero en sus conflictos con el obrero mexicano; de darse cuenta, en el mundo de la producción, que el capital no tiene una nacionalidad definida, que su multinacionalidad lo hace abstracto. Ante esa realidad, resultaba más efectivo el control obrero que una nacionalización o "mexicanización", que sólo benefician al Estado con quien es más difícil lidiar como patrón. Todos estos elementos hicieron que estos trabajadores desconfiaran de cualquier discurso sindical o partidario que oliera a nacionalismo estatal. Es por eso -y por sus diferencias de composición de clase- que nunca aceptaron las iniciativas de un movimiento como la TD. Los esbozos de su ideología se movían entre un rechazo a las propuestas nacionalistas del Estado, de los charros, de los empresarios nacionales y de algunos sectores de la izquierda, y algunos chispazos radicales que apuntaban sus miras contra el imperialismo y sus aliados internos, con una incipiente posición que sugería el control proletario como alternativa.

En este sector de la insurgencia participaron varias organizaciones político-sindicales. El FAT llegó a tener una actuación significativa en varias luchas de los obreros metalúrgicos como las de SPICER, las de CINSA-CIFUNSA, las de NISSAN de Cuernavaca y la de la VOLKSWAGEN, aunque su permanencia fue bastante efímera. Entre los trabajadores calificados y semicalificados de la construcción industrial estaba la Liga de Soldadores, organizadores errantes que prendieron la mecha de importantes movimientos y que, donde construían plantas o grandes refinerías industriales, dejaban las bases para futuras organizaciones sindicales. Entre los obreros de la gran industria metalmeccánica automotriz y de bienes de capital y los trabajadores del transporte aéreo, la UOI (Unidad Obrera Independiente) -contradictoria coalición de sindicatos-, tuvo una duradera presencia. Esporádicamente, por este amplio sector de la insurgencia sindical, pasaron todas las gamas de la izquierda nacional.

5).- *La Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE)*. Este movimiento podría formar parte del sector insurgente de los Sindicatos Nacionales de Industria o Servicios, sin embargo, su tardío surgimiento (1979), diferencias en formas de lucha, de organización y de discurso político le dan un lugar aparte dentro de las expresiones más recientes de la insurgencia sindical.

La CNTE logró aglutinar en torno suyo a 100.000 trabajadores del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) del que forma parte. A partir de las demandas económicas de los profesores, en una época de inflación y crisis, la CNTE pasó a cuestionar a los dirigentes charros del SNTE. En un momento en que la recesión capitalista golpeaba a los trabajadores industriales, la CNTE logró mantener las luchas por la independencia y la democracia sindicales dentro del SNTE. Al calor de sus movilizaciones se constituyó el Frente Nacional de Defensa del Salario Contra la Austeridad y la Carestía (FNDSCAC) en 1982 y posteriormente la Asamblea Nacional Obrero Campesino Popular (ANOPC). En la ANOPC confluían profesores de la CNTE, trabajadores universitarios del SITUAM, trabajadores industriales de la Coordinadora Sindical Nacional (COSINA), campesinos de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), movimientos sociales de lucha por el territorio de la Coordinadora Nacional de Movimientos Urbanos Populares (CONAMUP) y organizaciones de lucha por las garantías individuales y las libertades civiles como el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR). De esta manera se concretó un frente amplio del trabajo asalariado contra el capital y el Estado, las síntesis social productiva del trabajo abstracto en la fábrica y en la sociedad. Sin embargo, la escasez de proletariado industrial debilitó este frente.

Por la CNTE también desfilaron todas las gamas de las corrientes político-sindicales de la izquierda mexicana, el dato más interesante es que las movilizaciones de los propios trabajadores lograron superar las confrontaciones entre esas corrientes.

Como podemos observar, la composición de la insurgencia sindical va más allá de unos cuantos sectores considerados tradicionalmente como los hegemónicos, como la TD o los trabajadores universitarios. Este breve repaso no contempla algunos sectores de la insurgencia sindical que a partir de largas huelgas se convirtieron, momentáneamente, en centro de aglutinación de otros movimientos regionales o nacionales (SPICER, GENERAL MOTORS, etc., etc.). Sin embargo, nos permite constatar que la homogeneidad no es una característica de la insurgencia sindical. Hablar de un único sector que hegemonice y sintetice la totalidad de las diferentes manifestaciones de este amplio movimiento, resulta un mal principio para la historiografía y el análisis de las múltiples expresiones de esta experiencia proletaria.

Nadie puede sustentar la hegemonía de un sector de los trabajadores sumiendo a los otros en el olvido o en la descalificación. En todo caso, la comprobación de la existencia de una cierta centralidad política, de cierta vanguardia, tiene que ver con determinaciones materiales, además de los elementos político-culturales, que influyen en ese "ser vanguardia". En principio todos los sectores, momentos y espacios que conformaron la lucha por la autonomía de las organizaciones proletarias fueron importantes. Partir de la omisión, de la jerarquización es un error metodológico. La insurgencia sindical fue un movimiento totalizante que procuraba observar el trabajo asalariado como una totalidad anticapitalista. Sin olvidar la riqueza de sus diversas especificidades, en su heterogeneidad de composiciones y diversidad de discursos, tenía dos elementos que le daban unidad: a) Constituía un movimiento de individuos unidos por su condición de asalariados, por su posición como trabajadores. Una expresión del trabajo abstracto hecho sujeto. b) Tenía objetivos comunes que atravesaban todas sus acciones: la democracia y la independencia sindicales.

Las "vanguardias" tenían límites espaciales y temporales, relacionados en gran parte con la composición de clases de los trabajadores y sus correspondientes expresiones político-ideológicas. Pero a pesar del peso de esta realidad, algunas corrientes interpretativas, educadas en la cultura política que privilegia sólo las direcciones y las instituciones -como el Estado-, presentan como *ejemplo de vanguardia* a un movimiento que representó una parte minoritaria de un sector de la insurgencia sindical, la TD, obscureciendo las expresiones del resto de ese amplio fenómeno. Me refiero a la historiografía tradicional del movimiento obrero, [16] la cual en la búsqueda de interpretaciones y discursos para explicar la emergencia de las batallas proletarias de los setenta, recurre a figuras obreras en decadencia y a viejos trajes ideológicos para vestir una realidad nueva.

Lo realmente nuevo, alternativo y autónomo se puede perder en la fenomenología de las siglas, de los nombres, de las ideologías, de las grandes organizaciones, de las acciones espectaculares, de lo que sucede fuera de la fábrica, de lo que algunos quisieran que fuera. Aquí comienzan los combates por una historiografía alternativa del movimiento obrero independiente. Una historiografía que a partir de su totalidad descubra el lado obscurecido de todo el movimiento, incluyendo la TD. Una historiografía que desmitifique y que elabore nuevas explicaciones. Una historiografía que recoja las experiencias de lo que fue un nuevo movimiento obrero, un nuevo intento de buscar su autonomía, la cara oculta de la insurgencia sindical.

Un viejo traje para vestir lo nuevo: La historiografía tradicional (HT) del movimiento obrero: La historiografía tradicional (HT) del movimiento obrero.

Los 15 años de la insurgencia sindical se reflejan en el incremento de los estudios sobre los trabajadores mexicanos y sus luchas. La historiografía se multiplicó junto con los centros de investigación y de asesoría, las publicaciones, los centros de información, etc., etc. Instituciones y medios de difusión nacieron, crecieron, desaparecieron o se mantuvieron con el ímpetu que imponía el movimiento que retumbó en los propios centro de educación universitaria.

Cada sector del movimiento creaba sus propios voceros, sus cronistas. En ese mar turbulento de acciones y masas en lucha las vertientes historiográficas eran diversas, heterogéneas e ilimitadas como lo fueron los propios sectores en movimiento. Cabe señalar que aún prevalece en la academia y en algunos sectores de la insurgencia sindical el peso de la historiografía tradicional. Tardó en conformarse una historiografía más acorde con las luchas surgidas en los setentas; había que desechar los remanentes de la vieja historiografía heredada de los cincuenta; abrirse un lugar en los espacios interesados; crear formas alternativas de investigación, producción y distribución de las mismas y luchar contra la lentitud con que se mueven las elaboraciones teóricas en relación con la propia realidad en movimiento.

En un principio, las aportaciones de la HT fueron importantes, sus primeros trabajos abrieron el espacio universitario al estudio de los problemas actuales, como los de los trabajadores. Sin embargo, este sector perdió prematuramente su dinamismo original. Hoy se han paralizado sus análisis y a la repetición de viejos clichés se ha agregado un tal determinismo y una pretensión de convertirse en la única óptica posible para observar, analizar y registrar las movilizaciones obreras en el país, que uno se ve forzado a confrontar y desmitificar esta corriente, para abrir brechas y espacios a interpretaciones más frescas y más acordes con la realidad que se expresaba en esa ola de movilizaciones que sacudieron al país entero de su letargo obrero.

Antes de abordar las características y las omisiones de los estudios elaborados por esta corriente historiográfica me gustaría enumerar una serie de premisas erróneas compartidas, en cierta manera, por todos los que transitamos del movimiento estudiantil y de las luchas de trabajadores del sector terciario (universitarios, profesores, bancarios, etc., etc.) al movimiento obrero. Unos y otros, alguna vez caímos en la trampa de los "modelos teóricos" y de los conceptos estáticos elaborados antes de la confrontación con la realidad inmediata. El "discreto encanto" de la conclusión preconcebida deslumbró a propios y extraños, fue una constante de casi todas las primeras reflexiones que reflejaba más el deseo, personal o de grupo, que las propias expresiones inherentes a los hechos históricos a los que nos enfrentábamos en nuestra calidad de historiadores-militantes. La reproducción de una serie de vicios tradicionales en la historia del movimiento obrero moderno en México es un defecto., casi estructural, que marca los primeros análisis sobre el renacer de la resistencia obrera en el país. La repetición de viejas tesis elaboradas en los treinta o en los cincuenta acaba reproduciendo errores y manteniendo mitologías que trascienden a su propia época. Hoy la clase obrera, para conocer su pasado, aún tiene que remitirse a la historiografía oficial de un Rosendo Salazar o de un Lombardo Toledano, versiones parciales de líderes cooptados por el Estado que poco sirven para reconstruir su discurso autónomo como clase.

Tres son los signos que contribuyen a distorsionar la historiografía del movimiento obrero, dos de ellos son producto de la crisis mundial de la izquierda en sus relaciones con los trabajadores. El otro es el producto de la especificidad de esas relaciones en el

caso de México y del carácter particular de las relaciones Estado-movimiento obrero, en un país, cuyas instituciones son producto de una revolución.

I.- *La historia del Movimiento Obrero como la historia de su elite concientizadora.*- La relación partido leninista-clase obrera entra en un proceso de crisis a partir de los veinte en la Europa Central y posteriormente en todo el mundo. La reestructuración de la propia organización del trabajo en la fábrica acaba con las bases materiales de sustentación de un partido de dirigentes profesionales, la vanguardia en la producción es descalificada con la introducción del Taylorismo y el Fordismo. La contrarrevolución no se dio sólo a través del reformismo económico Keynesiano, temeroso de la repetición de otro octubre rojo, sino con medidas a fondo que desarticulaban las figuras obreras protagonistas de los combates de clase de la entreguerra: el obrero descalificado de los grandes sindicatos industriales, el viejo obrero calificado y los escasos remanentes de trabajadores de oficio. Políticamente, la concepción de un partido dirigente formado por la "intelligentzia" pequeño-burguesa revolucionaria que desde afuera inculca el suero de la conciencia revolucionaria a un proletariado, que por sí mismo sólo podría aspirar a reivindicaciones tradeunionistas, también fue durante criticada por amplios sectores de la izquierda obrera (consejistas, sindicalistas-revolucionarios, anarquistas y anarcosindicalista).

Los excesos burocráticos stalinistas hicieron el resto y precipitaron la crisis de esta concepción de partido. Por otro lado, el abismo entre la izquierda y el proletariado se ha profundizado a partir de experiencias donde la burocracia minoritaria de militantes -por lo general no proletarios y al margen del trabajo productivo- ha ejercido su dominio sobre los propios trabajadores. Hoy nos encontramos ante un panorama de franca separación de los sujetos (trabajadores industriales) y quienes quieren registrar su historia (trabajadores intelectuales del terciario).

La historia obrera así concebida: a) *Se inmoviliza a sí misma* prisionera del dilema de pensar en un proletariado depositario de misiones históricas sin precedentes y, simultáneamente, de ejercer su capacidad de autonomía desde la óptima kautskiano-leninista. b) *Se mantiene atada a tradiciones superadas* y hace de la historia del proletariado, la carrera lineal de los héroes del trabajo en pos de un partido que los guíe. Las vanguardias minoritarias y los personajes de leyenda salidos de los partidos de cuadros profesionalizados, aparecen con el centro de sus pesquisas, en tanto que la clase obrera sólo sirve de telón de fondo para sus acciones. La historia de la lucha de clases se convierte en la de los individuos y su voluntad de acero. Historiografía idealista hecha por leninistas, triste paradoja.

II. -La soberanía de lo teórico especulativo en la Historia del Movimiento Obrero (MO)- .
"... el postulado de que la verdad pasada, presente y futura de la evaluación histórica pertenece de ahora y en adelante a una teoría esencialmente acabada, pertenece a su vez a una organización política; de lo que se desprende necesariamente que el 'papel histórico del proletariado' sólo existe en la medida en que éste hace lo que la teoría sabe y predice que ha de hacer y hará". [17] Así explica Cornelius Castoriadis la tendencia de grandes sectores de la izquierda que dan tal peso a las tesis preestablecidas, que los movimientos sociales se convierten en verdaderos actores cuyo destino está escrito de antemano y cuyas acciones están previstas a partir de un argumento teórico, que deja poco espacio para la sincronización y la creatividad de los sujetos. La historia así producida, sólo trata de llenar huecos dejados por algunos autores preocupados por la problemática teórica, la ley histórica o el deber ser ontológico de una clase. Para algunos exponentes de estas corrientes la historia que se alimenta de la realidad inmediata es empirista. Con ellos el materialismo histórico se empantana en el debate teórico. La historia del movimiento obrero se convierte en un "modelo teórico" bien estructurado en busca de sujetos y, cuando los sujetos no responden a los designios de lo teórico-

especulativo, entonces dudan de los sujetos, en lugar de cuestionar la validez de sus teorías.

III. *-La presencia del Estado en la historia del M.O. en México-*. A los anteriores problemas que vive la historiografía sobre el movimiento obrero en el mundo, hay que agregarle aquel que quizás marca la especificidad de la formación de la clase obrera mexicana en comparación con la de otros países, me refiero al hecho de que, en México, el Estado atraviesa todos los poros de la sociedad civil. La presencia de un Estado surgido de una revolución, cuya experiencia ante los conflictos sociales es volcada hacia el control y la corporativización del movimiento obrero, representa un serio obstáculo para la formación y la recuperación de la autonomía del proletariado. Al mismo tiempo, el Estado aparece como un elemento distorsionador de la historia no oficial del M.O.

La consolidación del Estado mexicano, después del proceso revolucionario, pasa por su puntual presencia en todos los movimientos sociales. En el caso particular del movimiento obrero, el Estado procura apoyar al sector colaboracionista dentro del mismo y mantener a raya a sus vertientes autonomistas. Desde 1916 estableció un pacto con un pequeño grupo de personas que formaban parte de la Casa del Obrero Mundial, esos individuos se atribuyeron la representatividad de toda la organización anarquista y se aliaron con la facción constitucionalista de la Revolución. Acciones como esta son una constante cíclica por parte del Estado que llega hasta nuestros días. Por otro lado, el proletariado no colaboracionista, en su proceso de formación, parecería que entra en escena a destiempo y con la desventaja de que su unidad está resquebrajada de antemano, por la intervención de un Estado dispuesto a incentivar su división y a cooptar a sus sectores colaboracionistas. El proletariado moderno en México tiene que enfrentarse al tiempo, al capital, al Estado y a la propia fracción burocrático-colaboracionista dentro de sus filas.

La habilidad y anticipación del Estado mexicano ante el conflicto y su capacidad de institucionalizar la oposición llegan a impresionar a la propia historiografía no oficial del movimiento obrero. La omnipresencia del Estado influye en la producción historiográfica de algunos autores que invierten el punto de arranque de sus análisis y parten del Estado para observar al movimiento obrero. A este hecho se suma una cierta estatolatría soterrada en la mentalidad de ciertas vertientes de la vieja izquierda marxista-leninista, que confunden la estabilización con la socialización, el Keynesianismo con el Socialismo. El resultado de esta mezcla es una historiografía que, a momentos, coincide con la oficial, una crónica del movimiento obrero para ser escuchada por el Estado.

No hay quien se atreva a dudar de la importancia, solidez y complejidad del Estado que dejó la revolución mexicana, a pesar de lo cual su relación con el movimiento obrero no ha sido fácil, todo lo contrario, es la constante conflictualidad y la reaparición del movimientos de oposición dentro de los trabajadores lo que marca las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado, que es forzado constantemente a recomponerse. Tampoco se puede negar el peso real del charrismo sindical, lo cual no implica que no haya posibilidades de escaparse al control del Estado, nada más parcial que pensar que sólo existe el movimiento obrero ligado al Estado, la constante en la historia del M.O. en este siglo es la reaparición de movimientos de trabajadores en pos de su autonomía ante el Estado y ante el partido oficial. Es esa fuerza opositora la que lleva al propio Estado a "satanizar", criminalizar, dividir, cooptar y reprimir al M.O. disidente y a reestructurarlo en el proceso de producción a través del patrón de acumulación.

Como ya mencionamos al principio de este apartado, unos u otros, historiadores sincronizados al calor de las batallas y de la necesidad de sacar de la academia el saber-hacer de las ciencias sociales, en alguna ocasión caímos en alguna de las "tentaciones"

de la vieja historiografía obrera. Sin embargo, algunos se quedaron en ese primer momento y condensaron y asumieron estas premisas dentro de sus estudios, recreando una versión moderna de lo viejo, una renovada historiografía tradicional.

Vicios y vacíos de la historiografía tradicional.

Con las herramientas que le da la recuperación de la ideología de la Revolución Mexicana, el nacionalismo revolucionario y su puesta al día con algunas aportaciones del Lombardismo y de algunos ideólogos de la vieja izquierda del país, la HT salió al movimiento en busca de sujetos. Este hecho coincide con la reaparición en el escenario político de los setentas, de sedimentos de trabajadores que se acuerpaban en los viejos sindicatos nacionales de industria y de servicios ligados al Estado-patrón. El sector más representativo de esos trabajadores, nacionalistas y con esperanzas de devolverle al Estado su carácter progresista, fue la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM). En la TD se encarnan las esperanzas de la HT y la propia TD se acerca de la HT a partir de su sector más calificado, los trabajadores nucleares. Estos trabajadores de extracción universitaria se reencuentran con su origen, a través de sus relaciones con algunos trabajadores académicos, militantes y dirigentes del sindicalismo universitario. Hasta aquí estamos ante una alianza de trabajadores cuya composición de clase es semejante y que, en un primer momento, no reviste ningún problema. La cuestión se complica cuando la HT quiere prolongar sus conclusiones y sus puntos de vista -extraídos de las experiencias de la TD- a otras categorías de trabajadores surgidas en el desarrollo estabilizador. Ya vimos que la insurgencia sindical es un movimiento heterogéneo donde coexisten trabajadores con diferentes posiciones en relación con la producción, con diferentes orígenes sociales, con diferentes grados de escolaridad y de calificación en el trabajo, con diferentes tradiciones de lucha, etc., etc., que llevan a diferentes formas de conciencia, que no pueden reducirse ni subordinarse a una parte del movimiento, en este caso a la TD.

La TD se embelesó con su papel de vanguardia de la insurgencia obrera y la HT se embelesó con la TD. Obnubilada por su encuentro con la TD, la HT, no descubrió las limitaciones históricas y estructurales que determinaron que los electricistas democráticos sólo fueran la vanguardia de un pequeño sector de la insurgencia sindical, el de los viejos sindicatos nacionales de industria y de servicios y los nuevos contingentes de trabajadores universitarios. La HT y la propia TD no lograron comprender que las diferencias del resto de los trabajadores con respecto a sus posiciones sobre el Estado, el capital, la nación y su versión de socialismo no eran sólo problemas superestructurales, sino que expresaban diferencias más profundas en el proceso de producción, en la composición de clase y en las formas de conciencia, de organización, de lucha y de cultura.

El Estado y los charros del SUTERM desactivaron y dismantelaron el movimiento de los electricistas democráticos. Lo más lamentable es que la propia TD, sus historiadores y un sector considerable de la izquierda, no sólo no comprendieron el carácter de la derrota de la TD y la inviabilidad de sus aspiraciones vanguardistas, sino que, aferrados a sus concepciones, subestimaron toda movilización que no buscara el amparo teórico y organizativo de la TD. No sólo absolutizaron su marco de análisis, para observar todo acontecimiento obrero, sino que además minimizaron, opacaron y enterraron las manifestaciones de otros sectores del trabajo asalariado que no compartieron las concepciones de la TD. Si las luchas no correspondían a sus expectativas teórico-organizativas, las luchas estaban equivocadas y los luchadores necesitaban concientizarse, su historia no era digna de ser contada.

Desde ese momento el *vacío* en sus análisis cobró importancia. No era un olvido circunstancial, era una omisión conciente, un silencio ante aquello que no se comprendía o no entraba en el esquema de las expectativas históricas que le tenían reservadas al proletariado. Esos vacíos fueron llenados con apologías y fórmulas que, a fuerza de repetición, se convirtieron en vicios. Vicios y vacíos que mantienen una relación complementaria. Rastreando sus vicios se encuentran sus vacíos. Analizando sus vicios se reconstruye su enfoque historiográfico y su discurso político que, en mi opinión, es tan destinados a omitir el registro de un sin número de luchas de los trabajadores y a recrear hegemonías -dentro del movimiento- que renuevan su dependencia y control, por parte de las burocracias ligadas al Estado. Paso a realizar un breve recuento de esos añejos vicios.

1.-*La deslumbrante espectacularidad de lo extra-fabril.*- -La HT privilegia la gran movilización fuera de la fábrica porque el sujeto de sus estudios perdió poder dentro del proceso productivo. Cuando la TD comienza a marchar por las calles de la Ciudad de México su desarticulación, dentro y fuera del proceso de producción, ya estaba muy avanzada. La burocracia del SUTERM y el Estado ya la habían desmembrado. El Estado le había brindado su apoyo político a los charros en el SUTERM y, simultáneamente, los reforzó en el proceso de producción substituyendo a los militantes despedidos de la TD en las principales plantas eléctricas con personal propuesto por los charros. En la segunda mitad de los setentas la fuerza estratégica en la producción de los electricistas democráticos, desgraciadamente se había reducido al mínimo. La fuerza de la TD ya no radicaba en los trabajadores de la producción sino en sectores calificados del terciario, como los nucleares y los trabajadores de oficinas. Los últimos reductos que involucraban operarios (Mexicali y la Boquilla) fueron vencidos por el tiempo y la irracionalidad-racionalizada de un Estado que prefirió cerrar fuentes de riego y energía, antes que verlas en manos de la disidencia anti-charra. La espectacularidad de las movilizaciones fuera de los centros productivos no reflejan forzosamente la fortaleza de un movimiento, en ocasiones, paradójicamente, muestran su debilidad dentro del centro de trabajo. El gusto por las formas de lucha espectaculares oculta otras formas de lucha silenciosas y agazapadas dentro de la fábrica (tortuguismo, ausentismo, paros en la línea, etc.) y no por ello menos efectivas. Quedarse en aquellas luchas evidentes y extra- fabriles significa olvidar que, antes de marchar fuera de la fábrica, el proletariado en lucha ya dio fuertes batallas dentro de ella, que no se difunden en la sociedad, porque en el secreto y en la sorpresa está su efectividad, el gusto por la apoteosis callejera, sólo refleja el desconocimiento o la subestimación de las luchas cotidianas dentro del proceso laboral.

2. *El discreto encanto de las elites dirigentes.* Producto de su exacerbado vanguardismo leninista la HT, cae dentro de lo que José María Calderón denomina como historiografía de las elites. [18] El líder, el comité ejecutivo de un sindicato, federación o central son figuras que constantemente substituyen al propio movimiento obrero. No niego la importancia de las direcciones individuales y colectivas dentro del movimiento obrero. Sin embargo, metodológicamente, comenzar por ellas y reducir la totalidad del movimiento a ellas lleva a conclusiones parciales. El MO es una síntesis contradictoria de bases y direcciones, esa relación pasa por la satisfacción de las demandas de los sectores que hegemonizan un movimiento sindical, el cual puede no estar representado en la dirección formal del movimiento, hasta los dirigentes charros tienen que tener un mínimo consenso de las bases.

Abordar el estudio del proletariado a partir de sus dirigentes simplifica el sujeto de estudio, deja fuera la gran mayoría de sus componentes y da la impresión de partir de una premisa que asume que las bases indiferenciadas se mueven pacientemente, de acuerdo a las acciones ordenadas por sus direcciones o los acuerdos que se establecen entre las cúpulas del poder institucionalizado.

3.- *Sólo lo organizado en sindicatos y partidos es real.* El delirio organizacional de cuño tercerinternacionalista, que tantas burocracias ha sustentado, representa un lastre para la historiografía del movimiento obrero. El culto a “lo organizado” parte de una visión particular de la organización, donde aquellos fenómenos que se colocan al margen de esa concepción no existen o son considerados como prepolíticos. En esa exagerada preocupación por ese tipo de organización influyen: a) La fobia a la espontaneidad de las bases que en innumerables ocasiones rebasan a la burocracia dirigente y b) el pragmatismo de la HP y algunos militantes de la izquierda –igualmente tradicional- que reducen “lo organizado” a lo inmediatamente posible, a lo aceptado y por lo tanto a lo instituido. Para ellos el sindicato y el partido significan las formas más puras y acabadas de organización obrera. Cualquier otra forma de organización les huele a espontaneismo incontrolable, digno de ser archivado en el baúl de las anécdotas y de la historia de los vencidos.

La concepción de organización de la HT deja de lado formas alternativas de organización y de lucha, que no pasan directamente por el sindicato o el partido de vanguardia. [19] Formas alternativas de organización que contienen elementos importantes de autonomía y posibilidades de convertirse en polos de aglutinación de la disidencia obrera. Con esa estrecha visión de la organización los delegados departamentales, las comisiones de fábrica, las coordinadoras obreras de base a base, las condiciones obrero-campesino-populares, etc., etc., son condenadas al olvido. Las formas de lucha surgidas de la base, en cuya espontaneidad está su fuerza y su efectividad también son subvaloradas y, en algunos casos, criticadas y criminalizadas como formas que manifiestan la falta de conciencia y organización, entendidas éstas como expresiones que se oponen a las definiciones que de conciencia y organización ha elaborado la HT. Dicho sea de paso, la discreción, espontaneidad y sorpresa son algunas formas de lucha que demuestran, contra lo que piensa la HT un alto grado de organización a nivel de las bases obreras y un amplio conocimiento del proceso de trabajo, de esa forma se garantiza la sincronización de las acciones, el conocimiento de los puntos débiles del capital en el flujo productivo y la seguridad de los obreros involucrados en esas luchas.

4.- *Panestatalismo y partidolatría.* A eso llevan la admiración por las cúpulas dirigentes y el culto a las organizaciones en abstracto por parte de la HT. De tal suerte que la historia del M.O se diluye y se pierde entre el cúmulo de nombres de líderes, sindicatos, presidentes y personajes del Estado y siglas partidarias. Estos individuos e instituciones opacan la crónica del M.O., su historia se reduce al hacer o no hacer de un presidente, de un líder o de algún veterano de la vieja izquierda. No hay procesos ni contexto histórico, ni condiciones materiales que marquen los rumbos de los individuos que, así abordados acaban tornándose mitos. En ocasiones las versiones hechas por las instituciones (sociales o individuales) se convierten en apologías de lo instituido, sea el Estado, el partido oficial o los partidos depositarios de diferentes versiones del socialismo de su época. La historia oficial del movimiento obrero es la carrera de las bases proletarias en busca de su alianza con el Estado y su partido.

La historia partidaria de tradición leninista ve en el movimiento obrero el eterno sujeto inconsciente que busca la luz en los partidos burocratizados de la vieja izquierda. En ninguna de estas versiones los trabajadores tienen la capacidad de tomar decisiones autónomamente, por lo tanto una gran parte del M. O. permanece sin memoria histórica, su existencia se pierde con las generaciones de trabajadores que lo forman. En los estudios de la HT cuando no adopta posturas similares a las de la renovada vieja izquierda, centra a tal grado su atención en las cúpulas dirigentes o en las organizaciones del poder, que oculta detrás de esas imágenes, la historia del M. O. al margen de las instituciones.

5. *La insurgencia sindical sólo puede ser nacionalista- revolucionaria.* Siendo la HT una corriente que parte de la concepción de que el proletariado tiene deberes históricos que cumplir y del vanguardismo kautskiano- leninista -que padece gran parte de la izquierda nacional- es comprensible su conclusión de que la insurgencia sindical de los setentas era nacionalista revolucionaria como TD. Si la TD era la vanguardia del proletariado mexicano y su discurso era el nacionalismo-revolucionario, luego entonces, el proletariado mexicano -o por lo menos la insurgencia sindical era nacionalista- revolucionaria. De acuerdo a este esquema, el proletariado del país debía darle continuidad y dinamismo al desgastado y esclerotizado nacionalismo sobre el que se sostiene el Estado mexicano. Esa afirmación parte de varios supuestos erróneos:

a). -En primer lugar, como ya lo comprobamos en la apartado anterior, la TD sólo fue la vanguardia de un pequeño sector de la insurgencia sindical. El nacionalismo-revolucionario sólo fue asumido por una composición de clase que compartía afinidades ideológico-culturales y estructurales a partir del proceso de trabajo y de las figuras proletarias que la hegemonizaban (trabajadores del terciario con niveles altos de escolaridad: trabajadores nucleares y universitarios).

b). -En segundo lugar, el proletariado moderno no tienen un ser o un debe ser preconcebidos, es un sujeto que se forma en la lucha y se modifica con y en ella. Hasta ahora el moderno proletariado industrial, que está en plena formación en nuestro país, sólo ha esbozado con algunas pinceladas algo que sugiere un discurso político-ideológico en movimiento constante, en proceso de formación, un discurso inacabado. Durante los setenta, cualquier convocatoria a la movilización tenía que contemplar las contradicciones entre la clase obrera y el Estado, el capital y los charros, en la fábrica y en la sociedad. En todo caso lo único evidente fue que no todo el proletariado era nacionalista-revolucionario y que cualquier "misión" impuesta tarde o temprano estaba destinada al fracaso.

c). -Por último, aún en el caso de que, de antemano, se aceptara que el nacionalismo es parte de la ideología del proletariado mexicano, ¿Por qué afirmar que éste adquiriera las características del nacionalismo- revolucionario de la TD y otros sectores de la izquierda en el país? el nacionalismo de la TD tiene sus bases en la ideología arraigada - impuesta o asumida- en los trabajadores de los sindicatos nacionales de industria y de servicios ligados al Estado, que nacieron o se fortalecieron a partir de las nacionalizaciones o mexicanización de sectores estratégicos como el petróleo y la energía eléctrica o nuclear, y servicios tan importantes como los teléfonos, el correo y los telégrafos. Replanteo la pregunta: ¿Por qué generalizar las propuestas de esos sectores del proletariado nacional a otros con diversas relaciones con el Estado y el capital, y diferentes composiciones de clase?

Concluyendo, esta nueva generalización enrarece el magma de determinaciones imaginarias que mueve a los trabajadores del país. El concentrarse en el nacionalismo-revolucionario impide el descubrimiento de las formas contemporáneas en que el proletariado mexicano manifiesta su ideología. Es más fácil evadir o tachar de inconscientes algunas expresiones de la cultura obrera moderna, que tratar de entender su significado sin ningún preconceito elaborado. Dicho sea de paso, y aunque para muchos sea algo inaceptable, algunos sectores del proletariado industrial de los setenta expresaban en sus acciones una cierta cultura del rechazo, más allá del rechazo al monótono trabajo a la cadena. Una mezcla de desconfianza, cinismo y escepticismo poco estudiados hasta hoy. Estos signos pueden significar muchas cosas: una conciencia soterrada, agazapada esperando el momento oportuno para manifestarse, un vacío o una especie de cultura de la desilusión.

Aquí surge otra pregunta fundamental. ¿No sería más provechoso buscar el significado de esos síntomas, de esos nuevos signos y "presagios", en lugar de procurar diagnosticar, a priori, el consabido nacionalismo-revolucionario? [20]

6.- *La autonomía de lo político*-. Finalmente en el terreno de la interpretación sobre la insurgencia obrera de los setenta, la HT hace de la política la explicación central de victorias y derrotas obreras. Política entendida como entelequia de acciones, ideas y voluntades entretejidas entre cúpulas obreras, el capital y el Estado. Política separada de las determinaciones técnicas, económicas, sociales y culturales que la rodean.

Esta tendencia a autonomizar lo político, es un resultado inevitable de la síntesis de concepción y metodología que están detrás de la HT. Vanguardismo, dirigismo, substituísmo; preferencia por las luchas fuera del proceso laboral; por las instituciones dirigentes, etc., etc., y la convicción de que la ideología de una parte de los trabajadores es la correcta van unidos a un dispositivo teórico que dicotomiza y privilegia una de las partes, (política sobre economía, sociedad sobre fábrica. direcciones sobre bases, etc., etc.).

Ante esta historiografía carga la de ortodoxas que hace del proletariado un objeto de estudio, una cifra manipulable, el capital variable, el sujeto al que se le atribuye la misión trascendente y el destino subordinado a un discurso teórico o a una conciencia que le llegó desde afuera y que se introduce a través del militante profesionalizado, había que hacer un deslinde. Había que llenar los vacíos, tender las líneas a las formas de acción y de representación política para relacionarlas con la producción. Unir las dicotomías, rescatar lo olvidado, lo subestimado, lo oculto, Rescatar la otra cara del movimiento obrero, tarea nada fácil, convocatoria comprometida a la cual acudieron, como un flujo espontáneo y amorfo, militantes, sindicalistas, disidentes desempleados, historiadores líricos y de academia, informantes anónimos, [21] etc., etc., para constituir una historiografía alternativa [22] de un movimiento obrero que busco ser eso, alternativo.

Es cierto, también esta historiografía tendrá sus errores, probablemente también sus vicios y sus vacíos, sin embargo, llenará un hueco necesario en cuanto existan hechos históricos parcialmente registrados; en tanto que los trabajadores rebeldes se resistan, se mantengan y exijan formas adecuadas de historizar y analizar sus acciones. ¿Y después?... Vendrán nuevos sujetos y ya sabemos: que historia que no se puede al día, se sedimenta, se petrifica, se torna tradicional.

Porto Alegre, Brasil. 1986

CITAS:

[1] Trabajadores, clase obrera, proletariado.- Terminología que las transformaciones del proceso productivo a nivel mundial ponen en tela de juicio. El viejo problema del sujeto revolucionario reaparece ante las modificaciones que sufre la clase obrera en la fábrica y el resto del trabajo asalariado en el campo y en los servicios. Unos se "terciarizan" otros se "proletarizan", más la tendencia es contradictoria y complementaria. Contradicción que se va resolviendo en la confrontación diaria a su nivel más general entre el capital y el trabajo. Al mismo tiempo, subsisten las diferencias entre el trabajo asalariado industrial y el no-industrial, a pesar de que los avances de la ciencia y de la tecnología hacen más clara la presencia del trabajo asalariado moderno como trabajo abstracto -el clásico trabajo productivo pierde importancia numérica y es desplazado fuera de la fábrica, en tanto que, aquellos trabajadores que están al margen de la fábrica cada día están más involucrados directamente e indirectamente en la producción.

En México, desde antes de los setentas, las luchas de los trabajadores del terciario y del campo comienzan a cuestionar las fronteras que se trazan entre proletariado, clase obrera y trabajadores asalariados, entre trabajador industrial y no industrial. Sin embargo, en un país cuyo patrón de acumulación depende de una industria cuya composición orgánica -en su mayoría- aún permite y precisa, para su valorización, de un gran número de obreros, la importancia estratégica del trabajador productivo en sentido estricto, del obrero industrial, aún persiste. Es por esto que, si bien asumo que el sujeto es ya el trabajo asalariado en general, el trabajo abstracto -de ahí que en este trabajo hable indistintamente de obrero, proletario o trabajador-, simultáneamente acepto que la composición moderna de la clase obrera en México aún pasa por la hegemonía del obrero industrial, sin perder su relación y su tendencial unidad con otros sectores del trabajo asalariado no-industrial. Cfr. José Othón Quiroz Trejo. La izquierda y la clase obrera en México: una nueva vieja crisis, Avance de Investigación No. 146, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, 1986.

[2] Sindicalismo independiente vs. Charro-Estado-Patrón. -Aunque muchos autores juzguen esa contraposición como reduccionista y mecánica, dada la forma en que la disidencia obrera ha sido históricamente reprimida, en los momentos de auge de sus luchas, responde violentamente contra lo que considera el bloque de fuerzas enemigas: el patrón, el sindicato charro y el Estado, en principio sin distinguir matices.

Esta práctica de la lucha por la independencia y democracia sindicales disgusta a quienes aún confían en el "nacionalismo-revolucionario" de las burocracias charras y en el carácter progresista del Estado mexicano. Si bien, nadie niega la existencia de corrientes disidentes en los sindicatos charros, la propia experiencia indica (sin olvidar la importancia numérica y estratégica de esos movimientos) los límites de sus posibilidades de acción, mientras estos movimientos se den dentro del sindicalismo burocrático charro.

La consigna: ¡Charro, Estado y patrón, son el mismo cabrón! (sic) mantiene su vigencia y sintetiza una apreciación correcta de las bases y las direcciones de un movimiento aún latente. En tanto no se "desmorone" la burocracia sindical charra y las bases que la apoyan, el charro seguirá siendo el enemigo del sindicalismo independiente. En lo que se refiere al patrón, en su versión más atrasada, es una burguesía patrimonialista que sueña con un proletariado servil y despolitizado, para ellos la independencia sindical es una amenaza "demoniaca y subversiva". El Estado, utilizando infinidad de métodos coercitivos o de consenso, que van desde la cárcel hasta la mediación burocrática de los conflictos a través de las juntas de conciliación y arbitraje, cumple su papel de garantizar la reproducción de fuerza de trabajo barata y pacífica para el desarrollo capitalista del país. Ahora bien, todo lo anterior no quiere decir que el análisis profundo del bloque histórico charro-estado-patrón, pueda ser substituido por una simple consigna política. La lucha por la autonomía de clase implica un conocimiento a fondo del Estado Mexicano, así como de la composición de clase, la estructura y el funcionamiento del charrismo sindical y de las organizaciones empresariales en el país, un análisis que enriquezca y complemente el discurso implícito en las consignas de la disidencia de los trabajadores.

[3] Las movilizaciones y las consignas de la disidencia obrera de los setentas dejaban vislumbrar la búsqueda de la recuperación de su autonomía de clase, como una fase más avanzada del proceso que implicaba la lucha por la independencia y la democracia sindicales. Hay que reconocer que esta búsqueda se presenta cíclicamente con chispazos fugaces y propuestas en proceso. Cada grupo sindical y cada tendencia de izquierda tienen su propia definición de independencia sindical y su posición respecto a las transformaciones que debe sufrir en el futuro. Las luchas de los setentas apenas esbozan las primicias de una batalla por la autonomía del movimiento obrero respecto al Estado, al capital, a sus propias organizaciones charro-burocráticas y a los partidos que no lo representan. Por mi parte, considero que sólo la autonomía de los trabajadores podrá

garantizar cualquier avance posterior, lo contrario sólo sentará las bases de nuevas formas de subordinación obrera y de la reconstitución de las instituciones y el discurso contra los cuales los trabajadores se vienen manifestando desde 1959. Cfr. *Ibidem*, p. 86.

[4] José Othón Quiroz Trejo "Crisis y Reestructuración, Tecnología y Desempleo de los obreros de la industria automotriz terminal. El caso de México (1980-1984)", en VERITAS, Revista de la PUCRS, Porto Alegre, vol. 31, No. 121, Marzo de 1986, p. 65.

[5] Metodológicamente ningún estudio sobre la clase obrera contemporánea puede dejar de lado el proceso mundial de internacionalización del capital y, por lo tanto, de los procesos de trabajo que influyen directamente sobre los ciclos de las luchas operarias. La relación clase obrera-capital-Estado-mercado internacional-división internacional del trabajo-internacionalización creciente del proceso de producción a nivel mundial nos permite explicar mejor algunos fenómenos que en otras épocas se considerarían singulares y propios de un sólo país. Esta relación metodológica permite también el mejor aprovechamiento de estudios comparativos entre las luchas de la clase obrera de países de desarrollo capitalista semejante.

[6] Corriente sindical que se desprende del SUTERM (Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana) encabezada por Rafael Galván y sus aliados de algunas secciones del sindicato de provincia, fuertemente apoyada por trabajadores calificados del terciario como los del Instituto de Energía Nuclear -hoy desmantelado por el Estado-. Viejo militante del PRI, Galván jamás consiguió desprenderse de sus posiciones nacionalistas-revolucionarias y de su confianza en el Estado de la Revolución Mexicana, el cual, paradójicamente y junto con los charros del SUTERM, desarticuló la TD hasta obligarla a su desaparición.

La TD en sus momentos de auge consiguió movilizar electricistas y otros sectores de trabajadores a nivel nacional. A pesar de lo cual no fue la única, ni la más importante, de las vertientes que surgieron en el sindicalismo independiente. Desgraciadamente quienes veían en el nacionalismo revolucionario la mejor convocatoria para aglutinar a las masas trabajadoras, se encargaron de exagerar el peso de la TD hasta convertirla en un mito. Junto con el mito camina la institucionalización que se distinguió, poco y tímidamente, -como disidencia- de los sectores obreros ligados al Estado y a la burocracia charra.

[7] La actualización del discurso ideológico que sustenta el Estado mexicano es tan cíclica como el renacer de la disidencia obrera. Resurge a partir de la incomprensión de fenómenos nuevos y de la carencia de creatividad para analizarlos. A falta de frescura se recurre a las viejas interpretaciones que desembocan en el nacionalismo revolucionario. Este discurso, conformado al calor de la Revolución Mexicana, incorpora las experiencias Cardenistas de los treintas y el paternalismo autoritario de corte stalinista del controvertido Vicente Lombardo Toledano, quien subordinó las contradicciones internas de clase en el país a la lucha anti-imperialista (anti-fascista en un principio). El Lombardismo rápidamente se torno funcional al Estado y, junto con las posteriores aportaciones de los hombres del partido oficial, pasó a formar parte de lo que hoy conocemos como nacionalismo revolucionario. Durante los setentas reaparece el nacionalismo revolucionario en una versión actualizada, cuyos artífices recuperan lo que consideran legítimo de la sedimentada Revolución Mexicana, le incorporan algunos elementos del lenguaje marxista limado de sus asperezas, es decir, despojado de su carga antiestatal y antiautoritaria, y con esa reactivada bandera se lanzan a la lucha sindical, para acabar por rearticular el viejo discurso dominante del Estado de la Revolución Mexicana.

[8] La Historia del movimiento obrero mexicano en este siglo se caracteriza por sus ciclos de luchas por recuperar su autonomía perdida. La Casa del Obrero Mundial (COM)

mantuvo su autonomía con relación al Estado hasta 1916, cuando un pequeño grupo de esa organización firmó un pacto de colaboración con la facción constitucionalista de la Revolución Mexicana. El trabajador orgulloso de su oficio, que hegemonizaba la COM, fue desplazado con el tiempo por los sectores emergentes del proletariado industrial, los cuales se organizaron en torno a la Confederación General de Trabajadores (CGT), combativa organización de corte anarco-sindicalista que daría fuertes dolores de cabeza a los caudillos triunfadores de la Revolución. La crisis del 29, la reestructuración del patrón de acumulación, la institucionalización de la respuesta obrera -a través de una legislación laboral que reglamentaba y limitaba sus acciones- y el apoyo estatal al sector obrero colaboracionista de la época (CROM) acabaron con la CGT. Poco después se fueron consolidando los grandes sindicatos de industria y de servicios, que ya venían dando batallas importantes desde años atrás, como los ferrocarrileros y los electricistas. En los treinta encabezaron las luchas que permitieron la nacionalización de la industria petrolera y la formación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM). La CTM se alinearía rápidamente con el Estado y la burguesía nacionalista, en la versión mexicana del Frente Anti-Fascista promovida por Vicente Lombardo Toledano. Los sindicatos nacionales de industria y de servicios se separaron para garantizar la continuidad de su autonomía, en poco tiempo hipotecada por la joven CTM. En los cincuenta, los sindicatos nacionales retomarían las banderas de la independencia sindical, sólo la represión combinada con el consenso pacificaron esa fuerza obrera. Del nuevo patrón de acumulación surgiría, el obrero del desarrollo estabilizador, que encabezaría las luchas por la independencia, sindical en los setenta. Esta es, a grandes rasgos, la historia cíclica del "eterno retorno" de los trabajadores a las luchas por su autonomía, por su autovalorización.

[9] La reestructuración capitalista es la respuesta a los avances de la autovalorización proletaria. La reestructuración tiende a romper la unidad del proletariado y a desarticular sus organizaciones y espacios (en la producción y en la reproducción). El Estado, el capital y los líderes charros descomponen las bases objetivas y subjetivas sobre las que se sustenta determinada composición de clase: a través del proceso de trabajo (descalificando, recalificando, aumentando la composición orgánica de capital, introduciendo nuevas tecnologías, transformando las formas de organización y de control de la fuerza de trabajo, despidiendo selectivamente, etc., etc.); a través del patrón de acumulación (creando o dando impulso a nuevos sectores productivos en detrimento de otros, descentralizando la industria, obligando a la fuerza de trabajo a reubicarse en el territorio, etc., etc.); a través de las instituciones burocráticas que intervienen en los conflictos entre el capital y el trabajo; a través de su intervención en el territorio mediante la vigilancia, la intimidación y la cuadrícula de la "sociedad civil". El objetivo central de la reestructuración capitalista es, además de garantizar la continuidad del proceso de valorización del capital, desactivar aquellas figuras obreras que se caracterizan por su combatividad y por la hegemonía que ejercen al interior del movimiento obrero en general y con ello, frenar el proceso de autovalorización proletaria. Proceso que permite a los trabajadores resistir los embates del capital mediante la desviación-inversión de cualquier signo, mensaje, acción, institución, etc., etc., para convertirlos en armas de transformación en manos de los trabajadores. En la confrontación cotidiana los trabajadores saben que la imposición de sus demandas les permiten recomponer su unidad, ampliar sus instrumentos de luchas, agrandar sus esferas de influencia, incrementar el control sobre su tiempo y sus espacios en la esfera de la producción y la reproducción y utilizar toda esa potencialidad acumulada como fuerza revolucionaria, como método de transformación. Cfr.- Antonio Negri, *Dominio y sabotaje*, Barcelona, El viejo topo, 1979, p. 42 y aa. vv., *Panfletos y escritos de la internacional situacionista*, Madrid, Edit. Fundamentos, 1976, pp. 105-107.

[10] Recalco el papel del Estado en la reestructuración capitalista a través de su intervención en las modificaciones del patrón de acumulación en general -y de la Economía en particular-, para reconfirmar el uso político de la Economía en el capitalismo. He insistido en la simultaneidad de la política en las acciones técnico- económicas del Estado y el capital en sus confrontaciones con el trabajo. He buscado resaltar la importancia de la lucha de clases para explicar la propia historia de la acumulación capitalista, porque la cotidiana reiteración de la economía como "determinación en última instancia" estaba cayendo en un economicismo fácil y estaba fetichizando la Economía Política, detrás de la cual están las acciones de los hombres confrontados entre si. El proceso de trabajo es un proceso de valorización y un proceso de subordinación. El propio Marx recalca el papel político que juega la Economía en el capitalismo: "Cuando la relación de la hegemonía y la subordinación reemplaza a la esclavitud, la servidumbre, el vasallaje, las formas patriarcales, etc, de la subordinación, tan sólo se observa una mudanza de forma. La forma se vuelve más libre porque es ahora de naturaleza meramente material, formalmente voluntaria, puramente económica" (K. Marx, *El Capital* Libro I, capítulo VI (inédito), Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1974, pp. 64-65). En la historia económica de este siglo existen infinidad de ejemplos en que la racionalidad técnico-económica es sacrificada en aras de mantener el poder en el proceso de producción inmediato y en la sociedad toda. La moderna racionalidad capitalista utiliza toda la ciencia y la tecnología a su alcance para abordar cualquier problema dentro y fuera de la fábrica, tomando en cuenta todas las "variables" que giren a su alrededor, el resultado es una ponderación rigurosa del problema y una decisión técnica, política y económica para combatir paso a paso al trabajo vivo, mantener la valorización del capital y la subordinación del proletariado.

[11] Independientemente de la importancia del proceso de constitución de nuevas figuras obreras, es pertinente observar la poca atención que se da a los procesos de reflujo de las luchas proletarias. En las versiones apoteóticas y míticas de la historia obrera, las victorias y las derrotas obreras ocuparon un lugar privilegiado, dejando de lado los espacios -los aparentes vacíos- que existen entre esos dos momentos de la historia de los trabajadores. Los ciclos de las luchas obreras no son únicamente la sucesión de hechos cataclísmicos que limitan la aparición, consolidación y declive de una composición de clase dada, determinados, en cierta forma, por los ritmos que les imponen los ciclos económicos. Los ciclos de lucha obrera también son intervalos de rearticulación y sigiloso reacomodo, recuperación de los impactos de la reestructuración a nivel del propio modo de vida; es la historia de generaciones de trabajadores, de sus costumbres, de sus formas concientes e inconscientes de asumir el pasado, el presente y el futuro -la vida y la muerte- que se mezclan y se confunden con las determinaciones económicas y políticas.

[12] Cfr.- José Othón Quiroz Trejo, *La izquierda y la clase obrera...*, pp. 13-19.

[13] Cfr.- José Othón Quiroz Trejo, "Crisis y reestructuración...", p. 65.

[14] El proceso de institucionalización-burocratización que sufre el movimiento a través de sus sindicatos es un dato mundial que se generaliza después de la Revolución de Octubre. Intelectuales y técnicos al servicio del capital como Mary Parker Follet, Taylor, Keynes, Elton Mayo, etc., etc., aceptan la existencia antagónica del movimiento obrero y batallan en favor de su institucionalización, de la aceptación del conflicto regulado etc., etc., la sombra de otro octubre rojo aceleró sus temores. Es así que del movimiento obrero se empieza a desprender una capa de dirigentes, al margen del proceso de trabajo y de los problemas de sus representados. Incentivados por el Estado capitalista, pasan a formar parte de lo que hoy conocemos como burocracia sindical, que es la más clara manifestación de la institucionalización de los sindicatos. En este contexto surgen en los cincuentas las llamadas huelgas salvajes (Wild-cat Strikes: huelgas del gato salvaje), que

deben su nombre a la rapidez, espontaneidad e intensidad en la organización, surgimiento y desarrollo de sus acciones -"como un zarpazo de gato"-. Estas huelgas salvajes tenían una característica en común: era la primera vez que el proletariado, además de enfrentarse al capital y al Estado, tenía que luchar contra una parte de sí mismo, sus dirigentes burocratizados. Cfr. Cornelius Castoriadis, "La huelgas salvajes en la industria automovilística americana" en, *La experiencia del movimiento obrero*, Vol. 1, Tusquets Editor, Barcelona, 1979, pp. 215-233.

[15] José Othón Quiroz Trejo, *La izquierda y la clase obrera...*, p. 18

[16] A falta de una expresión adecuada en el lenguaje conceptual de la Historiografía del Movimiento Obrero en México (HMOM) considero Historiografía Tradicional a la corriente que recurre a los viejos discursos competentes -esto es, institucionalizados- para recoger e interpretar fenómenos proletarios pasados y presentes.

El problema central de esta forma de describir la historia, radica en su carácter -directa o indirectamente, conciente o inconscientemente- apologético del Estado de la Revolución Mexicana y del charrismo sindical y, que como todo conocimiento instituido, sirve para disfrazar y legitimar, bajo la cubierta de su científicidad, la historia y el carácter del Estado en sus relaciones con el movimiento obrero en México.

Realmente, este modo de escribir la historia del M.O. no es nuevo, desde que la casa del obrero mundial selló su pacto con Carranza e inauguró la era moderna de las relaciones Estado-movimiento obrero, se comienza a elaborar una historia que se va tornando oficial y semioficial en la medida que se va identificando con el orden establecido. Esa tradición histórica, esa Historiografía Tradicional, comienza con Rosendo Salazar, pasa por Vicente Lombardo Toledano y algunos ensayos de veteranos Cardenistas y ex-miembros de la oposición para culminar en algunos estudios contemporáneos sobre el movimiento obrero, cuya expresión más paradigmática la tenemos en los trabajos de Raúl Trejo Delabre sobre el tema.

[17] Cornelius Castoriadis, op. cit., p. 12.

[18] Cfr. José María Calderón, *Formación del proletario industrial en la Revolución Mexicana*, CELA, FCPyS, UNAM, 1978.

[19] En los últimos años han surgido dos alternativas proletarias de organización que parten de individuos asumidos y organizados como trabajadores: el movimiento de *solidaridad* en Polonia, encabezado por los trabajadores de los astilleros de Gdansk, y el Partido de los Trabajadores formado a partir de la convocatoria de los trabajadores metalúrgicos y bancarios de Brasil. En México, las organizaciones partidarias que se reclaman de los trabajadores aún parten de iniciativas externas a las propias organizaciones proletarias. A principios de los ochentas, la crisis aceleró la creación de organizaciones dentro y fuera de los centros de trabajo que, agrupadas en frentes, representaron formas que pudieron despuntar hacia partidos políticos con una composición más clasista que los existentes hasta ese momento. En esos frentes estuvieron representados sectores del movimiento obrero, del movimiento campesino y de movimientos urbanos, con sus reivindicaciones propias en el ámbito del proceso laboral y de la reproducción, unificados en el Frente Nacional de Defensa del Salario Contra la Austeridad y la Carestía (FNDSCAC) y posteriormente la ANOCP (Asamblea Nacional Obrero Campesina Popular). Desafortunadamente su duración fue efímera y determinada por el carácter coyuntural de sus demandas y la escasez de proletariado industrial incorporado a estas luchas, lo cual les restó fuerza numérica y organizativa en el seno de esos frentes y fuerza estratégica para su enfrentamiento con el Estado, el capital y el charrismo sindical. Cfr. José Othón Quiroz Trejo, *La izquierda y la clase obrera...*p. 74.

[20] Es cierto que la cuestión del nacionalismo y el movimiento obrero no puede ser resuelta con la fácil conclusión de que el nacionalismo es una ideología burguesa y nada más. Para profundizar en la crítica del nacionalismo hay que estudiarlo en sus manifestaciones más recientes y no volver a recurrir a la tradición de la Revolución Mexicana. Hay que rastrear las diferentes formas en que los individuos, asumidos como asalariados, conciben el problema de la identidad nacional, para determinar si existe un concepto de nacionalismo para las elites y otro para los trabajadores; para delimitar hasta donde el nacionalismo es un discurso instituido y por lo tanto de dominación; para definir, hoy, hasta donde los ritos y los mitos que sustentan al Estado de la revolución se mantienen vigentes etc., etc.,. Por otro lado, la cuestión del nacionalismo nos remite a problemas más complejos relacionados con la cultura de los trabajadores, que, dicho sea de paso, han sido poco estudiados. Una obra como la de los historiadores E.J. Hobsbawn y E.P. Thompson, quienes abordan esos temas en la historia del movimiento obrero inglés, en el caso de México aún está por realizarse (Cfr. E.P. Thompson, *La Formación de la clase obrera; Inglaterra 1780-1832*, Barcelona, Ediciones Crítica Editorial Grijalbo, 1979; E.J. Hobsbawn, *Trabajadores*, Barcelona, Editorial Crítica-Grijalbo, 1978).

Por todo lo anterior, más que especular sobre la cultura de los trabajadores y sus posiciones ante el nacionalismo, partiendo de las manifestaciones de un sector dentro de ellos, deberíamos desarrollar investigaciones preliminares que abordaran estos tópicos; tomando en consideración la propia especificidad de los fenómenos superestructurales, la composición de clase del sector de los trabajadores investigados y la heterogeneidad de las formas de conciencia del proletariado y, en consecuencia, la dificultad de construir un concepto único de cultura obrera o reducir esa cultura al discurso competente de una fracción de los trabajadores.

[21] Al hablar de los informantes anónimos -aquellos que viven la historia obrera-, se me ocurre pensar en las diferencias que se dan entre la HT y la Historiografía Alternativa respecto a las fuentes de información sobre las que se sustentan sus respectivos trabajos. La HT tiene una particular preferencia por las fuentes de segunda mano (artículos y noticias periodísticas, artículos de revistas afines a su visión historiográfica, ensayos de viejos militantes obreros, hoy miembros del "establishment", etc.), cuando por excepción recurren a la fuente originaria, su predilección se concentra en las elites dirigentes, obreras o estatales. La Historiografía Alternativa procura nuevas fuentes de información, privilegiando las fuentes originarias de dirigentes y bases. La Historiografía Alternativa que, más que una corriente definida, es un movimiento en constante transformación. Comienza sus búsquedas desde la concepción de la investigación recurriendo a la investigación participantes y a la co-investigación, formas de interrelación entre el investigador y el investigado, formas donde el proletariado deja de ser objeto de estudio, para convertirse en el sujeto de su historia. Utiliza técnicas, como la historia oral, la entrevista colectiva a trabajadores de base, panfletos, periódicos, testimonios, canciones, poemas producidos por los trabajadores, realiza una lectura crítica del proceso de producción y de la organización del trabajo del lugar donde el conflicto se genera, siempre procurando crear y recoger fuentes alternativas y originarias. Finalmente, en la propia forma de exposición junto con el método y el contenido-, se experimentan nuevas técnicas para presentar una versión más amena -menos acartonada y academicista- de los hechos, los sujetos y las interpretaciones.

[22] No definiré explícitamente lo que sería la Historiografía Alternativa, que también podría llamarse Nueva Historiografía o Historiografía del otro movimiento obrero, que también podría ser algo más que Historia -dado que muchos de sus estudios trascienden las arbitrarias barreras epistemológicas que separan las Ciencias Sociales de las llamadas Humanidades-. Podría comenzar a definirla a partir de su contraposición con la Historiografía Tradicional que desarrollo en este ensayo. Sin embargo, un discurso crítico

y alternativo sobre la condición obrera no se crea sólo por la diferencia con lo contrapuesto -error común en los debates de la izquierda mexicana-. Una historiografía crítica se va formando con diferentes vertientes que se enriquecen mutuamente y que se dan el lujo de divergir entre ellas. Las une la lucha común para superar las interpretaciones tradicionales, que, día con día, se van tornando más institucionales en la medida que se acercan al discurso oficial, al discurso del Estado. Las une la búsqueda común de rescatar la historia del movimiento obrero como unión contradictoria de su dirección y bases, de sus trabajadores calificados y descalificados; la búsqueda de la historia de su lado oculto y autónomo. Por eso, más que definir esta corriente -aunque de hecho, sin quererlo, esté adelantando algunos de sus rasgos-, delinearé su conformación -su génesis-, haciendo una invitación a la lectura de sus productos, para comprender ese flujo etéreo en formación a partir de algunos de sus sedimentos. No me cabe definir lo que quizás prefiere mantenerse en el terreno de la indefinición, de lo instituyente y no de lo instituido.

La Historiografía Alternativa surge del impulso que generan las movilizaciones de los trabajadores en la década de los setentas. Discurso en movimiento, con diferentes respuestas a la memoria instituida, que se van acercando en los últimos 13 años. El estudio de Angel Fojo, *El caso de Automex, la huelga de 1969-70*, Mimeo, Colegio de México, 1973, el folleto *La huelga de Pemex en Tula* elaborado por Taller de Comunicación de la FCPyS, en 1974 y el folleto, *Poder obrero, testimonio de 121 días de lucha de los trabajadores de Spicer*, octubre de 1975, realizado por miembros de la cooperativa de cine marginal y los propios trabajadores de esa firma, constituyen los trabajos pioneros de esta vertiente.

En el Encuentro sobre Historia Obrera de la Universidad Autónoma de Puebla, en 1979, surgen trabajos que enfocan las luchas obreras desde la óptica del proceso de trabajo entre ellos están: *Formas de lucha y de Organización en Fundidora Monterrey S. A.*, del Taller del Área Industrial del Colegio de Sociología de la UANL; *Autonomía Obrera y Reestructuración Empresarial: una experiencia de comités de Fabrica* de Augusto Urteaga; *El Sindicato Independiente de Nissan* de Lucía Bazán y el proyecto de investigación sobre *Salud y proceso de trabajo de Asa* de Cristina Laurell. En ese mismo año se realizó el 2o Coloquio de Historia Obrera organizado por el Centro de Estudios Históricos y Sociales del Movimiento Obrero (CEHSMO) donde se presentaron trabajos de los historiadores de la Universidad Autónoma de Veracruz, de antiguos miembros de la Cooperativa de Cine Marginal, que en ese momento formaban parte del CEHSMO y de investigadores interesados en estudios de procesos de trabajo (Javier Rodríguez, Ilan Binsberg, María de la Luz Arriaga, Sergio Sánchez, Raúl Nieto y José Othón Quiroz) que en conjunto le dan continuidad a la nueva Historiografía en ciernes. En octubre de 1979, en Jalapa, se realizó el 2º Encuentro de Talleres Autogestionarios donde se presentó el ensayo colectivo *Los obreros de la Caridad: Independencia y Autonomía Proletarias* (Martha Garrido, Maribel Baltazar y José Othón Quiroz Trejo), sobre una huelga de los trabajadores de la mina de la Caridad del Cobre en Sonora, que, junto con los Testimonios elaborados por los propios trabajadores de esa mina, cierran un año pródigo para la Historiografía Alternativa.

Las investigaciones sobre el proceso de trabajo y las luchas proletarias se generalizaron a partir de los Coloquios Internacionales sobre Proceso de Trabajo, organizados por la FCPyS de la UNAM durante los años de 1980 y 1981 (Cfr. AA. VV. *El proceso de trabajo en México* UAM-Iztapalapa, Cuadernos de Teoría y Sociedad, s/f.). Por otro lado, en 1982 se fusionan algunos miembros de la revista *Información Obrera* con el equipo reciente salido del CEHSMO, en aquellos años Colectivo de Historia Obrera "A dónde vas Herón Proal" para dar continuidad a la revista y a la vertiente alternativa de la historiografía del movimiento obrero.

Finalmente, dentro de los pioneros de esta otra historiografía, no podemos olvidar los trabajos de la ENAH (Escuela Nacional de Antropología e Historia), que tienden un necesario puente sobre el proceso de trabajo y la vida cotidiana fuera de la fábrica (Cfr.

los trabajos de Yolanda Montiel sobre *los trabajadores de IACSA de Cuernavaca y los de la Volkswagen de Puebla*: los de Luis Méndez y Orlando Durango, *Los mineros de Taxco: el amanecer de una lucha por la autonomía* y otros artículos: el de Armando Meza, *Fábrica Poder y mecanismos de Control*, etc., etc.). Otros núcleos de investigadores se preocupan por recuperar fuentes e incentivar los estudios alternativos como los grupos de Armando Rendón y Enrique de la Garza (UAM-I), el del Museo de Culturas Populares que convocó y editó los trabajos del primer concurso de relato obrero.

Esta es, a grandes rasgos, la ruta que sigue este flujo discontinuo, accidentado y en cierta manera marginal, este correr de aguas subterráneas que da cuenta de la historia no-oficial del movimiento obrero en México.